

En la cárcel Real dicha estuvo preso un morisco mucho tiempo, el cual por la antigüedad que en ella tenía y por favores e intercesiones de personas que le ayudaron con el alcaide, vino a ser portero de la última reja que llaman de Plata. Y en este tiempo que fue portero, usó de mucha industria e inteligencias, haciendo que algunos de los presos que eran oficiales de diversos oficios, trabajasen en ellos, cada uno en el suyo algunos ratos del día; y para ello traía esparto y se lo daba para que hiciesen empleita, y a otros hacia dellas esteras y espuertas. Traía lana, hacia hacer medias, y otros que lo sabían, hilábanla y hacían las medias calzas, las cuales el portero vendía muy bien. Y a otros les hacia hacer buenos ejercicios, de que sacaba provecho para su bolsa. Y como era portero, todos se holgaban porque los tratase bien y los acomodase de trabajar un rato para él; y con esta orden se aprovechaba de todos los oficiales que en la dicha cárcel estaban. Y fue de manera el aprovechamiento, que habiéndole condenado a galeras por los delitos por que estaba preso, cuando lo vinieron a entregar en ellas, sacó de la cárcel más de mil y trescientos escudos de oro, que llevó en su poder.

Estuvo preso en la dicha cárcel un hombre que con firmas y negociaciones que tuvo con el alcaide, vino a alcanzar del que le diese uno de tres bodegones que hay en ella; dióselo luego, y fue bodegonero hasta que murió. El cual al tiempo de su muerte declaró que tenía metidos dineros en la pared que estaba en la cabecera de su cama, hecha alcancía, en la cual habido ido echando lo que ahorraba después que entró en el dicho bodegón. Y siendo difunto acudieron a la pared, donde dijo que estaba, y se halló un agujero que apenas cabía un escudo o real sencillo; y sacando de la pared el dinero y contándolo, hallaron más de setecientos escudos en oro: los cuales tomaron para el gasto de los pobres.

Habiendo sacado de la iglesia la Justicia a un hombre que se llamaba Don Gómez de Farán y fue puesto en la dicha cárcel, donde estuvo tiempo de cuatro años en uno de los calabozos, y al cabo deste tiempo, fue mandado restituir a la iglesia por mandado de los señores alcaldes: para cuyo efecto dieron su provisión a Diego de Nieva alguacil real Audiencia, para que lo llevase a la iglesia de donde lo habían sacado. Y el dicho alguacil fue a cumplir la dicha provisión; y el D. Gomez no quiso salir de la cárcel, ni que lo llevase a la iglesia, sino estarse preso, defendiéndose y haciéndose fuerte entre las dos rejas de la dicha cárcel diciendo no quería salir della; y fue necesario que el alguacil buscase gente para sacalle, y llevarla a la iglesia. Su vida de aquel hombre era estarse en aquel calabozo; y cuando veía que entraba en la cárcel algunos presos que tenían pelo, los llevaba a el y allí los aposentaba y hospedaba y regalaba: y ellos le daban de comer a él y a su mujer, que estaba siempre con él: y de tal manera se gobernaba, que todos los presos nuevos que entraban, iban a reconocelle y regalalle; porque si no lo hacían, daba orden que se les hiciesen tales obras, que no tenían paz hasta ser sus amigos.

En una ocasión hubo cantidad de galeotes condenados a galera y rematados, que así los llaman a los que son sentenciados en vista y en revista. Y como suelen algunas veces cenir galeras a Sevilla por algunas provisiones, entonces se les entriegan los galeotes. Y tardando de venir en la dicha ocasión, pareciendo conveniente enviar

los que había al Puerto de Sancta María donde siempre hay galeras, así los alcaldes proveyeron que dos alguaciles los llevasen por el río, bien aherrojados con sus grillos y cadenas, los cuales eran treinta y seis. Y los dos alguaciles los embarcaron; y llegando a la venta de la Magarzueta, que es en el río, seis leguas de Sevilla, y tomándoles la noche, les pareció a los alguaciles sacarlos en tierra a dormir y cenar en la venta, porque llovía e iban mojados y con poca ropa los más dellos. Y habiéndolos sacado, se dieron tal maña, que se desherrojaron todos: y dellos se huyeron los doce, y los veinte y cuatro restantes recogieron los alguaciles en los barcos y los volvieron a Sevilla. Y estando ya en ella, tuvieron temor los alguaciles de que si parecían los alcaldes los mandarían prender por el descuido que habían tenido; y así se huyeron los alguaciles, dejando los galeotes sueltos y en su libertad. Los cuales de un acuerdo y conformidad, no solamente no se huyeron ni ausentaron, sino se volvieron a la dicha cárcel de donde los habían sacado, pareciéndoles la vida della muy acomodada y a su gusto mientras no los entregaban a las galeras: de donde después los entregaron, y entre ellos un mulato desbarbado, que anduvo en Sevilla mucho tiempo con una demanda en hábito de mujer, sin que se echase de ver si era hombre; por lo cual fue azotado y galeras.

En la dicha cárcel estuvo preso un hombre facineroso, por muchos delitos que habían cometido, y estaba en uno de los calabozos del patio. Y este tuvo tal astucia e inteligencia que desde la misma cárcel trabó amistad con una mujer casada, de forma que le venia a ver a ella, y le traía la comida para él y los que con él estaban, y le proveía de dineros bastantemente para el pleito y para vestir y jugar; y fue parte lo que gastó con él, que con estar preso por muchos delitos y todos atroces, bastó para lo volver a la iglesia, de donde fue sacado. Y en el tiempo que estuvo preso, le venia a visitar los días de fiesta en la tarde de dicha mujer, saliendo de su casa muy bien aderezada de oro y seda, y cuatro criadas y un escudero que la acompañaba; la cual en llegando a una iglesia donde decía iba a vísperas, allí se quedaba con una de las criadas de su secreto, y con buenas razones despedía a las demás y al escudero para que se fuesen a pasear hasta la hora que ella mandaba que volviese; y luego con la criada se iba en casa de una amiga, donde se vestía otros vestidos viejos y viles, y con ellos se iba a la cárcel, a la puerta en la cual se quedaba la criada; y la ama entraba y pasaba por todas las rejas adentro con grandísimo ánimo hasta llegar al calabozo donde estaba el preso; y cuando le parecía hora se volvía a salir, y hallaba a su criada en el puesto que la dejaba, y con ella se tornaba a donde dejaba los vestidos; y volviéndose a vestir se iba a la iglesia, donde acudía su escudero y demás criadas, con quien se volvía a su casa con la autoridad con que della había salido. Y un día el alcaide de la justicia la halló en el dicho calabozo desnuda en una cama bien sucia: porque vean lo que pueden estos desta vida de cárcel, y a lo que se ponen mujeres por ellos.

Por el mes de agosto de 1595, estuvo preso en la dicha cárcel por algunos delitos un mozo vicioso, natural de Sevilla. Y dos mujeres della trajeron pleito ante uno de los tenientes, diciendo cada una dellas que aquel era su hijo y lo pedía por tal. Y el pleito se recibió a prueba y ambas a dos probaron bastantemente con buen

número de testigos que era su hijo; y ambas vinieron a la cárcel muchas veces, y reñían en ella públicamente diciéndose malas palabras sobre ello. Y habiendo dado y tomado sobre esto mucho, se metió mucha gente en ello por ponerlas en paz, y se acordó que el mozo escogiese cuál era su madre y aquella le llevase. Hízose así y él escogió la una dellas, y siendo libre de sus delitos se fue con ella, dejando a la otra sin hijo y gastada del pleito que por él había tenido.

En la dicha cárcel estuvo preso un barbero, el cual usó su oficio en ella el tiempo que estuvo preso. Y habiéndose librado del caso de su prisión se estuvo en la dicha cárcel más de seis años y se está usando el dicho oficio sin salir de la cárcel, aunque está libre. El cual, con su oficio gana muy bien de comer, y si alguna vez sale, que son pocas, se vuelve luego a comer y a dormir a ella, como si fuera su propia casa.

En esta cárcel estuvo preso un hombre llamado Medina mucho tiempo, el cual fue condenado a galeras. Y olvidado en la cárcel muchos días, tuvo traza cómo venir a ser portero, y lo fue muchos años de la puerta de la calle, sin huirse, con salir. Fue después advertido, y fue dada noticia a los alcaldes y prendiéronlo en su cárcel, de donde se huyó, que nunca más pareció.

Algunas veces cuando sentencian a galeras a algunos de los presos de la dicha cárcel, suelen, para que no los entreguen por galeotes, fingirse potrosos, dándose con cierta yerba en las partes vergonsosas, con la cual se les hinchan y luego dan petición ante los alcaldes cómo son inútiles para servir en galeras a causa de la dicha enfermedad, en lo cual mandan los alcaldes que los vean los médicos, los cuales los veen y hallándolos de aquella manera dicen que es verdad y que no pueden servir en las galeras. Y con esta declaración se les conmutan las galeras en azotes y destierro. Y con esto los sueltan y, en saliendo de la cárcel, fácilmente se curan de aquella enfermedad.

En la dicha cárcel estuvo preso y condenado a galeras un hombre por ladrón, el cual apretaba los dedos de la mano izquierda, cerrando el puño, de manera que no hubo remedio de se la hacer abrir, fingiendo ser manco. Viéronlo los médicos por mandado de los alcaldes, y dijeron ser verdadera la manquedad, por lo cual se conmutó la pena de galeras en cien azotes y destierro. Y lo soltaron, y después de suelto, abría la mano y la cerraba como la sana, y hurtaba con ella como con la derecha.

Los alcaides de la dicha cárcel suelen ordinariamente de su propia autoridad, porque se lo pagan y por ruegos, soltar gran cantidad de presos que están por deudas, y aun por delitos. Y acaece que por quejas que dan de los alcaides de las tales solturas a los jueces, vinieron a visitar la cárcel y para ello tomaron las llaves de las puertas y tiénelas consigo y comienzan a hacer lista de los presos, y antes que lo acaben, aunque falten cien presos, están en la cárcel todos, porque los llaman apriesa y acuden a entrar por los tejados y por otras partes que saben, de manera que se escriben en la dicha lista por el juez, como si desde el principio estuvieran y los que los llaman son tan expertos en ello, que con solo el mirar de los alcaides entienden y luego andan recogiendo la gente para este dicho efecto.